

FICCIÓN Y REALIDAD EN LAS HISTORIAS DE ALEJANDRO MAGNO

Guillermo Aprile¹

Resumen: El presente artículo se propone analizar el problema que plantea la historiografía antigua dedicada a Alejandro Magno. El conquistador macedonio inspiró una gran cantidad de ficciones, desde poco después de su muerte hasta nuestros tiempos. Toda esta producción ficticia tiene su fuente en las obras de historiadores antiguos, algunas de las cuales se han perdido y otras han sobrevivido. Los antiguos tenían una concepción distinta a la actual sobre la escritura de la historia: por influencia de la retórica, se daba gran importancia a los aspectos más literarios de la historiografía. Esto, sumado a la conciencia que el propio Alejandro tenía del valor propagandístico de la literatura, vuelve sumamente complejo el análisis de estas obras historiográficas. Con ejemplos tomados de Quinto Curcio Rufo se explican algunos de estos problemas.

Palabras clave: Alejandro Magno, historiografía griega, historiografía romana, retórica e historiografía, romance de Alejandro, Quinto Curcio Rufo.

Abstract: this article intends to analyse the problem set out by the ancient historiography devoted to Alexander the Great. The Macedonian conquerer inspired a vast array of fictions, from shortly after his death to our present time. The source for all this fictional production is the work of the ancient historians, some of which are lost and some have survived. The ancients had a view on the writing of history which was different from ours: influenced by rhetoric, great importance was given to the most literary aspects from historiography. This, added up to the fact that Alexander himself was very conscious of the propagandistic value of literature, makes the analysis of this historiographic works extremely complex. Some of these problems are explained with examples taken from Quintus Curtius Rufus.

Keywords: Alexander the Great, Greek historiography, Roman historiography, rhetoric and historiography, romance of Alexander, Quintus Curtius Rufus.

1. EL LEGADO CULTURAL DE ALEJANDRO MAGNO: ARTE, PROPAGANDA, FICCIÓN

SON muy pocas las figuras que, a lo largo de los miles de años que abarca la historia de la humanidad, excitaron el inconsciente colectivo y estimularon la creatividad de pueblos de todo el orbe generación tras generación. Uno de estos pocos privilegiados es sin duda Alejandro Magno: el rey macedonio que en el último tercio del siglo IV a.C., acompañado de un pequeño ejército, se embarcó en una expedición militar cuyas consecuencias fueron titánicas. En poco más de una década Alejandro destruyó a la gran potencia de su tiempo, el Imperio persa aqueménida, creó para sí el más vasto imperio que la humanidad conociera hasta entonces e incluso alcanzó los mismos límites del mundo –al menos en la concepción de su tiempo– al llegar

¹ Guillermo Aprile nació en Buenos Aires, donde se licenció en Letras. Actualmente es estudiante del máster en Textos de la Antigüedad Clásica y su pervivencia, de la Universidad de Salamanca.

hasta la remota India. Su principal legado, sin embargo, fue establecer un vínculo permanente entre Oriente y Occidente, que permitió un riquísimo intercambio cultural que continuaría casi sin interrupciones por al menos un milenio. Acontecimientos tan decisivos para la historia como el surgimiento del Imperio romano o la difusión del cristianismo quizás no hubieran tenido lugar de no haber sido por las consecuencias de la campaña de Alejandro Magno.

No resulta extraño entonces que una personalidad tan decisiva para la Historia haya sido fuente inagotable de inspiración creativa durante tantos siglos. Consideremos a modo de ejemplo la propaganda política: Alejandro fue tomado, desde poco después de su muerte, como un modelo a imitar por casi todos los grandes generales o monarcas. La *imitatio Alexandri* es un aspecto fundamental para entender buena parte de la Historia antigua. Comienza con sus mismos sucesores, los *diadokoi*, reyes de época helenística, que utilizaban la efigie del macedonio en su moneda y la tomaban como modelo para sus propios retratos oficiales. Se extiende a la africana Cartago en su lucha con Roma por la hegemonía del Mediterráneo: es sabido que Aníbal consideraba a Alejandro el más grande general existente y resulta muy probable que se inspirara en la campaña oriental de éste al planear su también impresionante expedición contra Italia. Continúa, naturalmente, con los emperadores romanos: la historiografía antigua nos ha transmitido numerosos testimonios al respecto. Basta mencionar los casos de Augusto, que rindió honores ante el sepulcro de Alejandro poco después de conquistar Egipto; de Calígula, quien gustaba de mostrarse en público vistiendo su coraza, o de Trajano, que utilizó su ejemplo para emprender una guerra de conquista contra la potencia oriental contemporánea, el Imperio parto. El fin de la Antigüedad no terminó con la *imitatio Alexandri*, pues no pocos generales siguieron tomándolo como modelo hasta bien entrada la Época moderna: un ejemplo conocido es la expedición a Egipto de Napoleón Bonaparte.

Del mismo modo, Alejandro dejó una huella muy profunda en la ficción literaria, cuyos orígenes –como veremos más adelante– pueden

trazarse hasta pocos años después de su muerte. La producción literaria más llamativa que inspiró es sin dudas la que se conoce bajo el nombre de *Romance de Alejandro*. Su fuente se encuentra en una narración escrita en griego en el siglo III de nuestra era, obra de un autor anónimo generalmente conocido como Pseudo-Calístenes. Se trata de un relato maravilloso de aventuras extraordinarias, centrado en la figura heroica de Alejandro, que parten de una mínima base histórica mitificada por siglos de fantasía popular [GARCÍA GUAL 1977: 9]. Esta obra alcanzó una difusión extraordinaria: como el mismo Alejandro, se expandió tanto por el Occidente como el Oriente. Es así que se conocen versiones – modificadas a su vez por el tiempo o las diferencias culturales– en numerosos idiomas orientales como el armenio, el georgiano, el persa, el sirio, el árabe, el turco, el etíope, el copto y el hebreo. En el siglo IV, Julio Valerio realizó una traducción al latín que fue sumamente popular durante el Medioevo europeo y motivó otras traducciones latinas medievales [GARCÍA GUAL 1977: 13] que sirvieron a su vez de inspiración para las nascentes literaturas en lengua romance. Muchas de las primeras obras literarias en estas lenguas son elaboraciones fantásticas sobre la vida y la expedición de Alejandro: es el caso de *Li Romans d’Alixandre* en francés en el siglo XII o el *Libro de Alexandre* en castellano en el siglo XIII, considerada la cumbre del mester de clerecía.

A partir del humanismo, con el renacer del interés por la antigüedad y el redescubrimiento de los historiadores propiamente dichos de Alejandro –a los cuales nos referiremos en seguida– las obras literarias inspiradas por su figura comenzaron a disminuir. Sin embargo, el siglo XX vio un resurgir de las ficciones sobre el macedonio. En primer lugar, la popularización de la novela histórica –género nacido en el siglo XIX– permitió que muchos autores volvieran a tratar la vida de Alejandro Magno de manera más fantasiosa. La inglesa Mary Renault le dedicó una serie de cuatro novelas, escritas entre 1966 y 1981, mientras que el italiano Valerio Massimo Manfredi publicó a fines de la década de los noventa la trilogía *Aléxandros*. Por otra parte, el cine tampoco descuidó a Alejandro. Hollywood encontró inspiración en él para crear dos

famosas películas: *Alexander the Great*, dirigida en 1956 por Robert Rossen y protagonizada por Robert Burton y la reciente *Alexander* de Oliver Stone, con Colin Farrell.

2. EL PROBLEMA DE LOS HISTORIADORES DE ALEJANDRO

Hemos mencionado a grandes rasgos la cantidad de ficciones que ha inspirado la figura de Alejandro Magno. ¿Cuáles fueron las fuentes de tan vasta producción cultural? En buena medida, todas ellas, desde las fantasías medievales en lengua romance hasta las superproducciones cinematográficas del siglo XXI, se remontan en última instancia a un mismo grupo de obras: las historias de Alejandro escritas desde finales del siglo IV a.C. por una serie de historiadores de distintos orígenes y muy diverso talento. Todos ellos, sin embargo, perseguían el mismo fin: narrar los acontecimientos de la campaña del rey macedonio contra Persia desde una perspectiva estrictamente histórica, valiéndose para ello de los métodos de la historiografía antigua, tal como habían sido fijados por Heródoto y –sobre todo– por Tucídides y sus imitadores.

Muchos de estos historiadores habían participado personalmente en la expedición mientras que otros fueron contemporáneos muy cercanos a los acontecimientos. Se los suele denominar la “primera generación” de historiadores de Alejandro: Los nombres más destacados de este grupo son Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles e “historiador oficial” de la campaña hasta su ejecución en 327 por órdenes del propio Alejandro; Onesécrito de Astipalea, discípulo del cínico Diógenes; el almirante Nearco de Creta, autor de una obra sobre la expedición a la India; Clitarco de Alejandría, probablemente el más popular y admirado de todos los historiadores de Alejandro en época romana [ZAMBRINI 2007: 216], quien sin embargo no participó directamente en la expedición; Aristóbulo de Casandrea, de quien se sabe sólo que escribió su obra siendo anciano y, por último, Ptolomeo, el general e íntimo amigo de

Alejandro que luego se convirtió en rey de Egipto, quien también escribió en la ancianidad.

Generalmente se divide a los historiadores de la primera generación en dos grandes corrientes [FERNÁNDEZ CORTE 1999: 1]: la representada por Clitarco, más retórica y con cierta tendencia a incluir elementos ficcionales; y la representada por Aristóbulo y Ptolomeo, en apariencia más preocupada por reproducir la verdad histórica y mantenerse fiel a los hechos. Esta división tajante se ha relativizado recientemente, al demostrarse que las historias de los “objetivos” Aristóbulo y Ptolomeo no estaban exentas de propaganda, sobre todo las del último autor, quien debía defender además su postura en las guerras civiles desatadas tras la muerte de Alejandro Magno. Sin embargo, es muy poco lo que podemos saber en concreto sobre ellas: todas las obras de los historiadores de la primera generación se han perdido y sólo conocemos una parte muy pequeña de su contenido gracias a los fragmentos que de ellas conservaron historiadores posteriores.

Porque a la primera generación de historiadores siguió casi de inmediato una gran cantidad de escritores que también se dedicaron a Alejandro, ya sea en monografías históricas, en historias universales o en biografías en sentido estricto. No sólo ya en griego: con el crecimiento de influencia de Roma y el desarrollo de una literatura nacional aparecieron también historias escritas en latín, aunque la lengua griega mantuvo su predominio en el género. Poseemos un buen testimonio de esta profusión de textos: cuando en el siglo II d.C. el bitinio Flavio Arriano escribió su propia monografía histórica sobre Alejandro, creyó necesario excusarse en el prólogo por elegir un tema tan remanido: “Ya otros han escrito sobre Alejandro. No hay, en efecto, nadie sobre quien lo haya hecho mayor número de historiadores, o de manera más discordante entre sí.” [I 1]².

La suerte que corrió este abundantísimo corpus fue algo mejor, pues todas las obras que han sobrevivido hasta el presente corresponden a la

² Seguimos aquí la traducción de Arriano por Antonio Guzmán Guerra.

segunda generación de escritores. Si descartamos testimonios secundarios que pueden encontrarse en otras obras históricas, geográficas o retóricas (Polibio, Estrabón, Séneca, etc) nos encontramos de todos modos con un panorama bastante desolador: sólo cinco textos nos han llegado íntegros de toda la historiografía antigua sobre Alejandro. Tres de ellos fueron escritos en lengua griega: el capítulo XVIII de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia; la *Vida* escrita por Plutarco de Queronea, puesta en paralelo con la de Julio César y la *Anábasis de Alejandro*, monografía escrita por el antes mencionado Flavio Arriano. Otros dos, en cambio, están escritas en latín: los capítulos XI-XII de las *Historiae Philippicae* del galorromano Pompeyo Trogo (conservados sin embargo sólo a través del *Epitome* de Justino) y las *Historiae Alexandri Magni* del enigmático Quinto Curcio Rufo. Las cinco fueron compuestas en un rango temporal que abarca entre finales del siglo I a.C. y mediados del siglo II d.C., es decir entre tres y cinco siglos después de la muerte del macedonio.

En cierto modo se ha querido ver en estas cinco obras el mismo problema sobre la “historicidad” que hemos mencionado más arriba respecto de los escritores de la primera generación. El más popular de todos ellos, sobre todo desde la difusión de la historia positivista a partir del siglo XIX ha sido Arriano, en quien se ha querido ver algo así como un reflejo de Ptolomeo [BAYNHAM 2003: 20] y por lo tanto, se lo ha considerado también el más fiable. Menos prestigio ha tenido el trío de historiadores conocido como “la Vulgata de Alejandro”: Diodoro, Curcio y Trogo/Justino, quienes probablemente hayan abrevado de una fuente común que generalmente se asocia con Clitarco [BAYNHAM 2003: 21] y, por lo tanto, se los suele asociar a una visión de tendencia más fantasiosa. Sin embargo, en los últimos años estas diferencias de juicio se han difuminado gracias a nuevos estudios que demuestran que ninguna de las cinco historias supervivientes está libre del gran problema que plantea la historiografía antigua: ¿Cuánto hay en ellas de verdad histórica y cuánto de recreación, reelaboración, en una palabra, de ficción?

El problema es, por demás, comprensible. La marcada diferencia que existe hoy entre escritura literaria y escritura histórica –al menos desde el surgimiento de la escuela positivista– no existía para los antiguos. El historiador antiguo, como bien lo testimonian en sus propias obras Heródoto o Tucídides, tenía una sincera preocupación por la verdad y un interés por reproducir los acontecimientos tal y como habían tenido lugar. Sin embargo, también consideraban la escritura de la historia como un hecho que hoy definiríamos como “literario”. La historia era un género sumamente influido por la retórica: la mayor prueba de ello se encuentra en un famoso fragmento del *De legibus* [1,5] de Cicerón, en que se la define como “opus [...] unum hoc oratoris maxime”.

Este problema se advierte en uno de los elementos fundamentales del género histórico en la Antigüedad: los discursos. ¿Cuánto hay en ellos de verídico? ¿Cuáles son las posibilidades de que esas palabras que reproducen hayan sido efectivamente pronunciadas? Resulta poco probable que se tratase de reproducciones exactas de los discursos originales pero tampoco debe rechazarse completamente su valor histórico. Pues desde Tucídides en adelante, los historiadores antiguos escribían sus discursos basándose en un doble criterio: atenerse dentro de lo posible a lo realmente dicho por el personaje en cuestión, a la vez que expresar lo que el historiador considerase “apropiado” o “conveniente” que el personaje hubiese dicho en una determinada circunstancia [MARINCOLA 2007: 120]. Por otra parte, el discurso cumplía muchas otras finalidades en la obra histórica, además de la de transmitir información: ayudaba a la caracterización de los personajes, permitía realizar un análisis más abstracto de los acontecimientos presentados en la narración histórica, planteaba problemas de una índole más universal o “filosófica”, servía para conocer puntos de vista o posturas diversas sin necesidad de forzar el texto. Todo eso pretendía el historiador antiguo al valerse de los discursos; a muchos de estos procedimientos hoy se los calificaría como literarios.

El caso de los historiadores de Alejandro presenta una peculiaridad más. No sólo sus autores se valían de los recursos literarios propios del

género para registrar los hechos, sino que los hechos mismos ya tenían en sí una carga literaria considerable. Alejandro reconoció como pocos otros reyes de la Antigüedad el valor de la literatura como arma propagandística. Sus actos durante la expedición contra Persia están marcados por la literatura: la visita a Troya, el deseo de igualar a Aquiles. En su séquito, durante toda la campaña, alberga una gran cantidad de poetas, filósofos e historiadores consagrados (el antes mencionado Calístenes es un buen ejemplo de ello) que van registrando sus acciones casi a medida que éstas se desarrollan. La construcción de su figura histórica, el significado real de sus actos, desde su mismo origen, están marcados por la propaganda, la influencia mítico-literaria y en ese sentido, pueden ser considerados una suerte de ficción [FERNÁNDEZ CORTE 1999: 3].

3. EL CASO DE QUINTO CURCIO RUFO

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

El ejemplo más cabal de esta tensión entre la ficción y la historia en las obras dedicadas a Alejandro Magno se encuentra, sin dudas, en la monografía escrita en latín por Quinto Curcio Rufo, figura cuya misma existencia está rodeada de un halo de misterio absoluto, que los filólogos intentan resolver desde hace al menos dos siglos. Nada se sabe de este autor, ni siquiera en qué época vivió. El prólogo de sus *Historiae Alexandri Magni*, que podría haber informado sobre su datación, se ha perdido. No existe, por otra parte, ninguna mención a la obra o a su autor durante toda la Antigüedad. Se han propuesto muchas fechas posibles para Quinto Curcio, basadas en evidencias textuales y estudios estilísticos [BARDON 1947: 3-9]: las más aceptadas lo sitúan en la segunda mitad del siglo I d.C., probablemente bajo los emperadores Claudio o Vespasiano.

Lo que más sorprende al lector de las *Historiae* es el tono marcadamente novelesco de su composición. El contenido de ésta no difiere en su mayor parte de lo que puede encontrarse en las demás

historias de Alejandro. El texto presenta además todas las convenciones propias de una obra histórica: pueden encontrarse en ellas narraciones de batallas, discursos, episodios centrados en otros personajes además de Alejandro. Sin embargo, la composición de esta obra es lo que la diferencia de las otras cuatro ya mencionadas. La narración está centrada en una serie de episodios centrales (unos cuatro o cinco por libro), desarrollados no necesariamente por su interés histórico –pues algunos hechos fundamentales se despachan en pocas frases– sino por su propio valor literario. Estos episodios tienen un alto contenido emocional y están dispuestos de un modo tal que la atención del lector siempre se mantiene alta: se evidencia por ejemplo su tendencia a cerrar libros con incidentes especialmente emotivos [MC QUEEN 1967: 28-29]. Los discursos también presentan un altísimo grado de elaboración retórica: algunos filólogos los han comparado con los ejercicios utilizados por las escuelas retóricas romanas para entrenar a sus alumnos.

Algunos fragmentos servirán de ejemplo para exponer el carácter literario de la narración de Curcio. Hemos dicho que predominan motivos de una fuerte emocionalidad. Consideremos, por ejemplo, esta anécdota narrada poco después de la toma de la ciudad de Susa, que involucra a Alejandro Magno y a la reina madre persa Sisigambis [V 2, 18-20]:

“Ac forte Macedonicas uestes multamque purpuram dono ex Macedonia sibi missam cum his, quae confecerant, tradi Sisigambi iubet, omni namque honore eam et filii quoque pietate prosequatur, admonerique iussit ut, si cordi quoque uestis esset, conficere eam neptes suas adsuefaceret, donoque se, quae docerent, dare. Ad hanc uocem lacrimae abortae prodidere animum aspernantis id munus, quippe non aliud magis in contumeliam Persarum feminae accipiunt, quam admouere lanae manus”.

“Dio la casualidad que le llegaron [a Alejandro], procedentes de Macedonia, vestidos macedonios y gran cantidad de paño teñido

de púrpura, enviados como regalo. Alejandro dio orden de que fueran entregados a Sisigambis juntamente con las mujeres que los habían confeccionado (su deferencia y su cariño para ella eran propios de un hijo) con la indicación de que, si le gustaban aquella prendas, podía acostumbrar a sus nietas a confeccionarlas y para ello le hacía donación de profesoras que les enseñaran. Ante este mensaje, los ojos de Sisigambis se cubrieron de lágrimas, prueba inequívoca de que el obsequio le había disgustado, y es que entre las mujeres persas ningún trabajo les parece más vergonzoso que el tejer la lana”.³

La anécdota tiene varias funciones: ilustra la piedad de Alejandro para con la madre de su enemigo, expone costumbres de las mujeres persas, etc. Pero sobre esto se destaca su valor intrínseco: un profundo dramatismo que hace que el lector sienta que presencia la escena, que puede ver las lágrimas proferidas por la anciana reina ante un regalo ajeno a sus costumbres.

Los momentos finales del rey persa Darío constituyen otro de los episodios más cargados de dramatismo en las *Historiae* de Curcio [v 12, 12-14]:

“Inrupere deinde alii laceratisque vestibus lugubri et barbaro ululatu regem deplorare coeperunt. Persae ad illos clamore perlato attoniti metu nec arma capere, ne in Bactrianos inciderent, nec quiescere audebant, ne impie deserere regem viderentur. Varius ac dissonus clamor sine duce ac sine imperio totis castris referebatur”.

“Desgarrándose las vestiduras [los soldados] comenzaron a llorar, con aullidos lúgubres y al modo bárbaro, la triste suerte del rey. El griterío llegó a oídos de los persas: estupefactos por el pánico, no se atrevían ni a tomar las armas por miedo de

³ El texto latino corresponde a la edición de Bardon [CURCIO RUFO 2003], el texto castellano a la traducción de Pejenaute Rubio [CURCIO RUFO 1986].

enfrentarse a los bactrianos ni a permanecer en actitud pasiva ante el temor de dar la impresión de que, faltando a su deber, abandonaban al rey. Todo el campamento era un clamor confuso y discordante, expresado sin que nadie lo dirigiera ni diera la orden”.

Episodios como estos abundan en el texto: otros similares pueden hallarse en el relato de la muerte de Alejandro Magno. Esta clase de relatos le han valido a Curcio su fama de “novelista” antes que historiador propiamente dicho. Se ha llegado a afirmar que su obra no es histórica y que debe ser considerada una simple ficción de tema histórico, en la línea de la *Ciropedia* de Jenofonte [MACL. CURRIE 1990]. Sin embargo, esta afirmación es excesiva. Curcio posee la innegable intención de escribir Historia: demuestra preocupación por las fuentes, las juzga críticamente, manifiesta un sincero interés por alcanzar la verdad [BARDON 1947: 131-132]. Pero a su intención histórica aúna un carácter retórico y “literario” de composición que marcan profundamente su escritura. Así, la oscilación entre ficción e historia es constante, ambas conviven en la obra de Curcio.

No es inapropiado extender esta conclusión a toda la historiografía antigua sobre Alejandro Magno. La realidad histórica y la construcción literaria se superponen y coexisten en un género que, ya bastante predispuesto por sus convenciones a las influencias literarias y retóricas, veía acrecentar estas características por la magnitud casi fantástica del personaje tratado.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIANO, Flavio, *Anábasis de Alejandro Magno. Traducción y notas de Antonio Guzmán Guerra*, Madrid: Gredos, 1982.
- BARDON, Henri, “Quinte-Curce”, “Quinte-Curce historien”, “Le valeur littéraire de Quinte-Curce”, *Les études classiques* [15], 1947, pp. 3-14, 120-137 & 193-219.
- BAYNHAM, Elizabeth, “The ancient evidence for Alexander the Great”, *Brill’s Companion to Alexander the Great*, Leiden: Brill, 2003.
- CURCIO RUFO, Quinto, Henri Bardon [ed.], *Histories. Texte établi et traduit par Henri Bardon*, Paris: Les Belles Lettres, 2003.
- CURCIO RUFO, Quinto, Francisco Pejenaute Rubio [ed.], *Historia de Alejandro Magno Introducción, traducción y notas de Francisco Pejenaute Rubio*, Madrid: Gredos, 1986.
- FERNÁNDEZ CORTE, José Carlos, “Ficción en la *Historia Alexandri* de Quinto Curcio Rufo: la anécdota del médico Filipo en comparación con Arriano y Plutarco”, *Exemplaria* [3], 1999, pp. 1-15.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *Pseudo Calístenes. Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid: Gredos, 1977.
- MACL. CURRIE, Harry, “Quintus Curtius Rufus - The historian as a novelist?”, *Groeningen Colloquia on the novel* [III], 1990, pp. 63-77.
- MARINCOLA, John, “Speeches in classical historiography”, *A companion to Greek and Roman historiography*, Oxford: Blackwell, 2007.
- MC QUEEN, E. I., “Quintus Curtius Rufus”, T.A. Dorey [ed.], *Latin biography*, London: Routledge and Kegan Paul, 1967.
- ZAMBRINI, Andrea, “The historians of Alexander the Great”, *A companion to Greek and Roman historiography*, Oxford: Blackwell, 2007.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA